

El mapa de las emociones

Claudia Guillén

No cabe duda, la geografía nos marca como una suerte de tatuaje y rige nuestros sentidos y emociones desde que tenemos conciencia hasta el fin de nuestros días. No importa que en el presente la globalización se extienda a todos los ámbitos, y que ello suponga (muchas veces equivocadamente) que contamos con un conocimiento más cercano de otras culturas. Si hacemos un ejercicio de memoria, en la mayoría de los casos, nuestros conocimientos acerca de otras realidades se debe a la voz de sus escritores, como la de Sándor Márai en el caso de Hungría, o bien la de Faulkner, Carson McCullers y otros con respecto al sur de los Estados Unidos. O pensemos en Colombia y Guatemala, países que vieron nacer dos grandes autores galardonados con el Premio Nobel de literatura, debido en parte al profundo conocimiento que ambos poseen de su tierra y sus costumbres, y lo plasman en sus obras más importantes. Serían muchos los ejemplos a los que podríamos acudir, pero no se trata de llevar a cabo una enumeración que sólo reiteraría la premisa de esta idea: la geografía nos ayuda a establecer el mapa de nuestras emociones.

Por supuesto, hay países que nos resultan más familiares que otros porque sus tradiciones se sustentan en la cultura occidental, o porque tienen una gran importancia política dentro del contexto mundial. Éste sería el caso de los Estados Unidos, frontera con nuestro territorio. Sin embargo, hacia el sureste México cuenta con otras fronteras, menos vistosas, con Guatemala y Belice. La de Belice se halla a pocos kilómetros de la capital de un estado que ha sido olvidado casi por completo en nuestras letras, como si perteneciera a otra realidad, como si no existiera, como si formara parte de nuestra imaginación: como si Quintana Roo constituyera

una leyenda y el devenir de Chetumal hubiese transcurrido en una suerte de limbo que la apartara de nuestra cultura hasta finales de los años setenta.

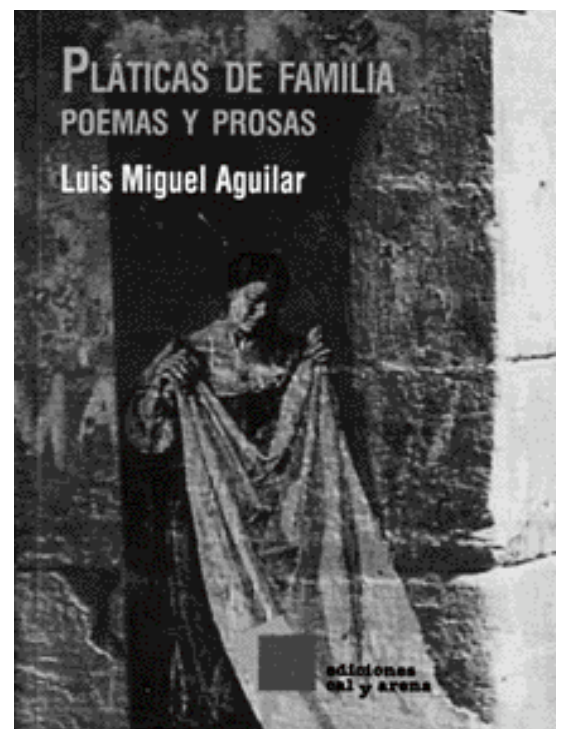
Pero el ser humano no sólo debe orientarse en la geografía física durante su vida. Existe en él también una geografía interior que le permite comprender o elaborar los procesos emocionales que lo rodean, que lo agreden o que lo hacen feliz. Ambas geografías, la física y la “del alma” se complementan para conformar un todo, y ambas —la de Chetumal de hace unos cuarenta años y la del individuo— están plasmadas en el libro *Pláticas de familia. Poemas y prosas* de Luis Miguel Aguilar, editado por ediciones Cal y Arena.

En ésta, su más reciente entrega, el autor se vale de la prosa —a través de crónicas narradas en forma sencilla, pero que aluden a los sentimientos más extremos— y del verso —que funge como el catalizador de esas emociones para transformarlas en ejercicios que a veces son lúdicos, y a veces llegan a cruzar la raya del drama más complejo— para entregar al lector una serie de historias que integran un universo único, cerrado, donde se funden memoria, experiencia e imaginación. El libro intercala los poemas entre los textos en prosa, a manera de epílogo de éstos y a la vez, contravinriendo el orden natural, como una introducción a la historia siguiente. Se trata, pues, de una estructura que permite al verso condensar las emociones diluidas en la prosa, y a la prosa extenderse sobre el significado de esas emociones.

El libro abre con el poema “Las calles de Aguilar”, que se refiere a la ausencia y presencia de los vivos y los muertos que han habitado la existencia del autor. Posteriormente, en “Stevenson para mi padre”, Luis

Miguel Aguilar nos muestra la orfandad que vivió debido a un padre ausente, pero vivo, a través de la analogía que hace con el autor de *La isla del tesoro*, quien en sus obras también abordaba el tema de la falta del padre.

“El regreso” es una crónica larga, donde presente y pasado se intercalan para establecer un punto de vista que se da desde el recuerdo: es 1998, primer centenario de la división entre las aguas beliceñas y mexicanas, por este motivo el autor regresa a Chetumal, y a esa infancia donde los sabores del Rice & Beans o los juegos infantiles se daban a partir de su propia atmósfera cargada por el agua azul del Caribe y su cercanía con la frontera. Por las páginas del texto deambulan el tío Raúl, la Chata, los Pájaros —amigos de la infancia—, y su casa natal



Luis Miguel Aguilar nos muestra la orfandad que vivió debido a un padre ausente, pero vivo, a través de la analogía que hace con el autor de *La isla del tesoro*.

situada en la calle Othón P. Blanco. También se hace presente la muerte, tema que será una constante en el libro, y que se plantea por primera vez con el fallecimiento del tío Raúl. Gracias a esta crónica podemos insertarnos en la geografía y la realidad de aquel niño que vivió rodeado de paisajes caribeños, que le permitían jugar con animales como el pez bagre, conformar su paladar con la mezcla de los sabores de la comida importada y local. Palpamos, asimismo, el aislamiento de la ciudad a través de la anécdota del primo Nando, quien a principios de los setenta le pidió al autor —que ya radicaba en la Ciudad de México— un balón y demás enseres futbolísticos para llevarlos a Chetumal, con el fin de que allá también pudieran practicar este juego tan popular en nuestro país.

En “La venganza”, el autor reutiliza la fórmula que da cohesión a su libro, es decir, mediante un poema matiza los sentimientos que le despierta el regreso de su padre tantos años ausente, para después pasar a la crónica. “En el castillo de Atlante”, “Abejas” y “El hombre que leía a Gibson en McDonald’s”, así como el poema “Frente frío 29”, en conjunto, retratan sus pérdidas, miedos y tristezas cobijados por Ema, su madre, y acentuados por la ausencia de un padre presente.

Tanto en la prosa como en el verso, Luis Miguel Aguilar hace participar a otras literaturas que han poblado, desde siempre, el imaginario colectivo universal, por medio de alusiones, referencias y homenajes. Pero la poesía le sirve como herramienta, sobre todo, para introducir sus sentimientos más extremos quitándoles toda carga de sentimentalismo, es decir, convirtiéndolos en lenguaje artístico. *Pláticas de familia. Poemas y prosas* se divide en dos capítulos: el pri-

mero se titula “Allegro/ Penseroso”, y el segundo “Penseroso / Allegro”. Este juego de espejos lingüístico quizá se refiere de modo oblicuo al carácter más bien lúdico de la primera parte que se contrapone y complementa con el dramatismo de la segunda, donde la poesía continúa con la misión de neutralizar el dolor que sus pérdidas provocan en el protagonista.

“On dejection” es el primer poema del segundo apartado del volumen. En él Aguilar habla de la muerte de manera directa, como una presencia constante en su vida. En otro poema titulado “Los padres” retoma el tema de la paternidad, pero trasladando en los versos la perspectiva desde la experiencia propia hasta la ajena. “Rondas” describe los sentimientos de pérdida realizados por la presencia del progenitor ausente, para después narrar una suerte de diálogo interno que se produce entre el padre y el hijo en el instante del reencuentro, donde caben los reclamos y el perdón que desentrañan la relación paterna con ese hombre viejo, lleno de achaques y de recuerdos distorsionados.

“La chingada. Un poema a diez rounds”, “Cómo son los poemas de los muertos”, “Dos vilanelas”, “Su mejor pieza” y “El lugar herido” son textos donde Aguilar narra las cuatro muertes de su hijo Eduardo, y la muerte de su tía Luisa —figura entrañable que acompañó a Ema en su soltería impuesta, en su lucha para sacar adelante a cinco hijos sin padre. Y por último, “Epicedio por su madre”, sentido homenaje a su figura materna que se torna como un referente constante del cariño, respeto y equilibrio. El ejercicio literario llevado a cabo en ellos por Luis Miguel Aguilar es impecable. La muerte siempre conmueve, pero su patetismo se agranda cuando quien pierde la vida es un niño de apenas un año. La batalla que

libran los padres al lado del pequeño Eduardo es retratada paso a paso sin concesiones que se presten a la autocompasión. Por el contrario, con la distancia que se consigue cuando el duelo ha sido elaborado —aunque siga ahí—, el autor la convierte en una historia que entra sin ningún percance en el ámbito de la tragedia. La vida, como la literatura, se compone de momentos trágicos. El dolor se vuelve lenguaje y el lenguaje a su vez puede ser una manera para huir del dolor. Biografía y creación, confesión y fantasía, cartografía del alma y retrato del paisaje que le sirvió de marco para formarse. Todo se confunde en la geografía interna y externa de los seres humanos.

Este libro, sin embargo, trasciende su parte autobiográfica para dar pie a una crónica que deja al desnudo los trazos internos del hombre y sus transformaciones ante la muerte, así como la atmósfera, el ambiente y todo ese conglomerado de olores, visiones, sonidos y otras sensaciones que desde el momento mismo de nacer comenzaron a operar para establecer sus estéticas y pulsiones. Quizás el mayor acierto de *Pláticas de familia. Poemas y prosas* sea su movimiento continuo, pendular, entre la prosa y el verso, entre lo interior (el espíritu) y lo exterior (el paisaje), entre la pérdida y la recuperación a través de la literatura, entre el dolor y la experiencia artística, en fin, entre el tiempo y el lenguaje. ■

Luis Miguel Aguilar, *Pláticas de familia. Poemas y prosas*, Ediciones Cal y Arena, México, 2007.